

## HISTORIAS DE ENEMIGOS, 30 AÑOS DESPUÉS

La guerra estaba en su pleno apogeo. Los británicos ya habían desembarcado en San Carlos y procedían a avanzar; la Fuerza Aérea Argentina les estaba infligiendo serias pérdidas a la flota, el tráfico aéreo entre el continente y las islas era mantenido a pesar de la Zona de Exclusión y su control por parte del enemigo; a costa de fuertes pérdidas y de un cielo infestado de Patrullas Aéreas de Combate (PAC) de los Sea Harriers, los Hércules C-130 argentinos, volando al ras del mar, seguían abasteciendo las islas, llevando vituallas, armamento y tal vez la munición más importante que las tropas podían recibir: las cartas procedentes del hogar, de la novia, de los amigos.

Transcurría la mañana del martes 1ro de Junio de 1982 y el Hércules C-130 matrícula TC-63 al mando del Capitán Rubén Martel volvía de Puerto Argentino hacia el continente; estaba volando al norte de las Islas, evadiendo el control marítimo y aéreo del oponente, cuando fue localizado por el radar del HMS Minerva -fragata destacada en esa área para la detección de nuestras aeronaves- que informó de inmediato a una PAC procedente del porta-aviones Invencible la ubicación del Hércules. El Teniente Niguel David Ward que piloteaba un Sea Harrier ubicó al Hércules y procedió a dispararle un misil que impactó en uno de los motores. A pesar de ello la aeronave continuó su vuelo tomando altura en dirección del continente y buscando dejar atrás a su perseguidor. El piloto inglés –que había llegado al límite de su combustible- dispara una vez más, ahora una andanada con su cañón de 30 mm y observa cómo la aeronave argentina se estrella en el mar.

Mucho se habló sobre este suceso. El piloto del Sea Harrier años después en diálogo con el hijo del Capitán Martel justificó su acción en la lógica de que los Hércules argentinos transportaban municiones y tropas que los afectaban en el campo de batalla.

Treinta años después en la mañana de un ventoso pero soleado jueves del 15 de Noviembre en el Cementerio argentino de Darwin, quien esto escribe, un viejo soldado argentino, volvía al lugar, tres días después de su primer visita, para que su hija, ya en más calma y con las emociones más controladas, pudiera realizar tomas fotográficas y filmicas. Luego de depositar su tributo emocionado e intransferible ante la tumba de sus camaradas que yacen allí, se había trasladado al cementerio británico ubicado en San Carlos, para también depositar respetuosamente una ofrenda floral al digno oponente del campo de batalla. No fue pequeña la sorpresa de encontrarse en Darwin con seis hombres con quienes no necesitó mayores preguntas que no fueran la presentación de cada uno: eran veteranos británicos de distintas unidades que llegaban a depositar una ofrenda floral ante las tumbas de sus también dignos oponentes del campo de batalla. Cada uno procedió a decir su nombre y unidad a la que pertenecieron. Establecieron un diálogo sencillo pero franco, se miraron como en un espejo a treinta años atrás unos y otros, y se respetaron. Uno de ellos era el tripulante de la fragata HMS Minerva, Benjamín Salter de 65 años, 10 años mayor que el ex combatiente argentino. Le dijo al ex soldado: tengo dos ofrendas florales, una especial y otra para depositarla donde tú me indiques. Se dirigieron entonces a la única tumba identificada de los cinco soldados caídos del RI Mec 3: la de Jorge Soria, a quién el autor había enterrado en el entonces cementerio de Puerto Argentino una mañana de Junio.

De allí caminaron juntos hasta la cruz mayor que ocupa el centro del Cementerio, y Benjamín Salter, tripulante del barco de guerra que había detectado al único Hércules C-

130 argentino derribado, se inclinó y depositó la ofrenda que rezaba en inglés: “En memoria del Capitán Ruben Martel y su tripulación del Hércules C-130; 1ro de Junio de 1982. Descansen en paz, camaradas. Ben Salter, HMS Minerva. Un viento favorable y mar de popa”, (un antiguo saludo de despedida de los marinos).

Ambos saludaron marcialmente el acto. Ni el viejo marino británico ni el autor sabían de las intenciones y tributos que cada uno tenían en mente realizar. En San Carlos el argentino había depositado flores blancas, saludando también marcialmente ante la tumba del mítico jefe del Batallón de Paracaidista Nro II, el Teniente Coronel H. Jones. En Darwin, quebrado por la emoción, depositó rosas rojas y entonó “Aurora” como su mejor homenaje a los que no habían vuelto, allí estableció un dialogo imaginario con su compañero caído en el combate de Wireless Ridge, Julio Cao -el Maestro que fue Soldado- acompañado de su hija Paula, pletórica de vida que pronto le anunciaría que sería abuelo por vez primera. Allí codo a codo con el antiguo enemigo del campo de batalla, imaginó como habría sido el último momento del vuelo del C-130 del Capitán Martel y su tripulación, y como en imágenes en cámara lenta los visualizaba muriendo con honor, no por ningún gobernante temporal e ilegítimo, si no por la Patria, esa que se fue construyendo en la mente y corazones argentinos en cuya temprana infancia cantaban en la escuela cada mañana “Aurora”, y que aprendió a reconocerla en cada en sus símbolos pero también la cotidiana realidad de sus habitantes y en cada rincón su territorio.

Abrieron una botella de ron, antes de beberla vertieron un poco a la usanza de los antiguos aimaras y quechuas, en el campo santo como un tributo más a los ausentes. Antes de despedirse se preguntaron uno a otro: si volvieran 30 años atrás, ¿qué harían?, la respuesta fue, “volveríamos a hacer lo mismo, cumplir con nuestro deber”. Se despidieron estrechándose en un abrazo, deseándose mutuamente suerte en castellano y en inglés “Take care”.

Quien este escribe recordó una frase de Jean Lartéguy, combatiente de la Resistencia Francesa y cronista de las guerras de Indochina, quien escribió: “Pero los relámpagos heroicos o gloriosos en la contienda no justifican los tornados de odio y destrucción. Quizá, el guerrero sea quien mejor puede abogar por la paz. Y esto porque quien tembló entre las mandíbulas rojas de la guerra sabe que no se debe convocar al dragón destructor en cuyas escamas se agolpan medallas, cañones y masacres. Y el guerrero puede ser sincero defensor del pacifismo porque su motivación no es una secreta cobardía ante el estrépito de la batalla o un perezoso apego a las comodidades del orden. El combatiente que, por propia experiencia, conoce los taladros de la muerte, no puede olvidar ya el superior sonido de una mañana bella”. Cada uno partió con sus convicciones incólumes, orgullosos del rol que la vida les otorgó cumplir 3 décadas atrás. Comprendieron que pertenecían a una extraña confraternidad, la de los enemigos del campo de batalla, difícil de entender para quienes no fueron parte.

Gloria y honor a nuestros caídos de la Fuerza Aérea Argentina.  
Miguel Ángel Trinidad, ex soldado combatiente en Malvinas, Regimiento de Infantería Caracas, República Bolivariana de Venezuela, 14 de Enero del 2012.

## CARTA DEL MARINO BRITÁNICO

He estado pensando en la carta, y si fueses a leerles algo a las familias esto es lo que quisiera que ellos escuchen:

Fue hace treinta años cuando respondí al llamado de mi país para defender un territorio que creía era británico. Respondí a ese llamado sin dudar y sin temer por mi vida. Era mi obligación ir, y estaba orgulloso de poder servir.

Descubrí que nuestro enemigo estaba lleno de una tremenda determinación y coraje, pelearon por sus amadas Malvinas con tenacidad y los respetamos como guerreros. Nos sorprendieron sus habilidades de combate. Y combatimos. Una guerra es un asunto sucio y sangriento. Una vez que comienza debes estar plenamente comprometido e incluso ávido de matar al oponente; es matar o morir.

El 1° de junio de 1982 mi barco fue el instrumento que derribo al Hércules C130 matando así a siete valientes adversarios. En ese entonces consideramos sus muertes sólo como parte de la lucha y no pensamos más en ello.

La guerra terminó, volvimos a casa y continuamos con nuestras vidas. La guerra paso a ser una medalla que llevábamos con orgullo en nuestros pechos. Pero eso no fue el fin. A medida que nos hacíamos viejos y disfrutábamos de todas las cosas maravillosas que nos ofrecía la vida: amor, matrimonio, hijos, solo por nombrar algunas, pensábamos en las personas que habíamos matado y dejamos atrás en el Atlántico Sur. Pensamos en las vidas que podrían haber tenido. Pensamos en el sacrificio que ellos hicieron y pensamos en sus familias. Cuando matas a alguien, queda un enorme vacío en tu alma, que grita de dolor. Es una herida que nunca cicatriza y el dolor se queda contigo por siempre.

Pienso en esos valientes pilotos todos los días. Rezo por sus almas, para que descansen con Dios. Rezo para que sus familias estén orgullosas, para que algún día encuentren paz y serenidad en sus vidas.

Espero que mis palabras sean entendidas. Son simples palabras de un marinero británico de 1982.

Un gran abrazo.  
Ben Salter.